



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

**El complejo de Edipo en Freud y Lacan: algunas interrogantes  
sobre su vigencia en la clínica psicoanalítica contemporánea.**

Sabrina Ferreira Cavelli C.I: 5336497-8

Montevideo

Junio 2024

Tutor: Prof. Agdo Dr. J. Guillermo Milán Ramos (Instituto de Psicología Clínica)

Apoyo a tutoría: Maestranda Ay. Florencia Rigaud (Instituto de Psicología Clínica)

Revisor: Doctorando As. Gonzalo Grau Pérez (Instituto de Psicología Clínica)

## Índice

Índice.....	2
Agradecimientos.....	3
Resumen.....	4
1. Introducción.....	4
2. Edipo Según Freud.....	6
3- Edipo Según Lacan.....	15
4-Edipo, teorías de género y queer.....	24
5-Conclusiones finales.....	30
Referencias bibliográficas.....	31

## **Agradecimientos**

Quisiera dar mis agradecimientos al equipo de tutoría integrado por Guillermo Milán y Florencia Rigaud quienes me acompañaron y apoyaron a lo largo de todo este proceso. Fue gracias a sus conocimientos, consejos y sugerencias que fue posible completar y dar cierre a una etapa en mi carrera.

Agradezco también a la Facultad de Psicología y a la UDELAR por brindarme la posibilidad de haberme formado dentro de su institución en una carrera que al día de hoy se ha convertido en mi profesión y labor de cada día.

Gracias también a mis compañeros, amigos y familia quienes estuvieron siempre presentes.

## Resumen

El presente trabajo pretende recorrer y analizar algunos elementos relativos a la relación entre psicoanálisis y teorías de género en torno a las nuevas identidades y su desarrollo teórico-práctico. En particular, nos interesa abordar la relación entre género, sexualidad e identidad relativa a la crítica del supuesto binarismo del psicoanálisis procedente de la teoría de género y queer. Mediante el recorrido del pensamiento freudiano y lacaniano sobre el complejo de Edipo y en contraposición a las críticas planteadas por Judith Butler se intentará abordar esta y otras cuestiones en relación al debate presente entre el psicoanálisis y las teorías queer y de género. ¿Cuál es la disposición del psicoanálisis para pensar los nuevos acuerdos culturales, prácticas sexuales y géneros indiscernibles?

## Introducción

*El Edipo es una fantasía de seducción que está en la base de la identidad sexual de todo hombre y toda mujer. Una fantasía de placer y angustia*  
Nasio, 2013, p. 79.

Edipo, un rey perteneciente a la mitología griega, es el protagonista de una tragedia narrada por Sófocles. En esta historia, un hombre comete, sin saberlo, el crimen de matar a su propio padre y contraer matrimonio con su madre. Sigmund Freud identifica en este relato un claro ejemplo de la fantasía que atraviesa la infancia de cada individuo.

La primera aproximación al concepto del complejo de Edipo se observa en las cartas dirigidas a su amigo Wilhelm Fliess, en particular la del 15 de octubre de 1897. En esta carta, Freud comparte cómo su proceso de autoanálisis le llevó a la conclusión de un acontecimiento universal en la infancia del niño varón: el amor hacia la madre y los celos hacia el padre:

Un único pensamiento de valor universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, aunque no siempre tan temprana como en los niños hechos histéricos. (Semejante a la novela de linaje de la paranoia - héroes, fundadores de religión.) Si esto es así, se comprende el poder cautivador de Edipo Rey a despecho de todas las

objeciones que el entendimiento eleva contra la premisa del hado, y se comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar tan miserablemente. (...) Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad retrocede espantado con todo el monto de la represión que separa su estado infantil de su estado actual. (Freud, 1986, p. 293)

Jacques Lacan, haciendo un retorno a Freud, continúa con el análisis del complejo de Edipo, realizando actualizaciones y modificaciones conceptuales. No obstante, se plantean interrogantes sobre la aplicabilidad de estas teorías en relación con nociones contemporáneas de sexualidad y género, y su capacidad para abordar las configuraciones familiares, identificaciones y elecciones de objeto en la actualidad.

Este trabajo tiene por objetivo realizar una aproximación de la teoría del complejo de Edipo desde la perspectiva de Sigmund Freud y Jaques Lacan y analizar qué elementos de la teoría sirven para pensar la clínica psicoanalítica contemporánea.

Para alcanzar dicho objetivo se plantea una estructuración de este trabajo en tres partes: la primer parte hace foco en el recorrido que hace Freud del complejo de Edipo en distintas obras tales como: *Tres ensayos de teoría sexual (1905)*, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans) (1909)*, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis (1910)*, *Más allá del principio de placer (1920-1922)*, *El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*. En la segunda parte se hace un desarrollo en base a lecturas sobre Lacan, más específicamente de sus seminarios 4 y 5. Se hizo especial hincapié en la relectura que hace Lacan de Freud y del pasaje entre “el Edipo del mito” y “el Edipo de la estructura”. Por otro lado, en la tercera parte se realizó un abordaje sobre el debate actual de la vigencia contemporánea del edipo freudiano y lacaniano, tanto en función del psicoanálisis como del pensamiento crítico derivado de las teorías de género. Para poder elaborar la entrada a este debate, que resulta formativo, se tomó la lectura de un texto escrito por Rafael Kalaf Cossi y Christian Dunker, quienes hacen un abordaje comprehensivo de la temática, considerando las críticas que Judith Butler le realiza al psicoanálisis pero, al mismo tiempo, exponiendo su visión lacaniana según la cual habría una fase o aspectos de la teorización lacaniana que no habría sido considerada por Butler, aspectos que, desde cierto punto de vista, permiten repensar sus críticas y la posición de algunos lacanianos contemporáneos ante el referido debate.

## Edipo Según Freud

A lo largo de su extensa obra, Freud redefine de manera constante el papel que desempeña el complejo de Edipo en la constitución del sujeto y su función en la cultura. Estevão (2017) propone una perspectiva que divide la concepción del Edipo en tres momentos: uno mítico/ clínico, un edipo cultural y, finalmente, un Edipo estructural (p. 30). Podemos ubicar el Edipo clínico en los orígenes del concepto, cuando aún no estaba incorporado a la teoría. En el segundo momento, Freud aborda la idea de incesto en su obra *Tótem y Tabu* (1913), incorporando también el concepto de narcisismo, dando forma lo que sería el Edipo cultural. Finalmente, Freud reelabora su teoría y presenta la segunda tópica incorporando el concepto de identificación, lo que da lugar al Edipo estructural.

El Edipo mítico/clínico data de los comienzos de la obra freudiana en 1901 hasta 1913. En su obra *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) aborda los antecedentes del complejo de Edipo al analizar la succión del pecho materno, considerando el acto de chupeteo como la primera manifestación de la sexualidad en el infante, y el despertar de la pulsión. En este contexto, introduce dos conceptos cruciales para su comprensión: el objeto sexual, que define cómo la persona que suscita atracción sexual, y la meta sexual, entendida como la acción a la que la pulsión se dirige (Freud, 1992, p. 123).

El chupeteo es una de las primeras exteriorizaciones de la sexualidad a través de la cual el niño alcanza la satisfacción de la pulsión sexual. La misma, plantea Freud (1992) posee el carácter de ser autoerótica, ya que la satisfacción tiene lugar en el propio cuerpo y no en un objeto externo. La zona erógena que tiene protagonismo en este acto es la boca, más específicamente los labios. Freud (1992) define la zona erógena como un “sector de piel o mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad” (p. 166). En un primer momento fue la alimentación a través del pecho materno lo que despertaba en el niño la sensación de placer, posteriormente esto se traslada a una parte de su propio cuerpo (por esto es que se le da el carácter de autoerótica). En esta etapa de su desarrollo, el niño se encuentra atravesando lo que Freud denomina como organización oral o canibálica:

La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición (...) El objeto de una actividad es también el de la otra, la meta sexual consiste en la incorporación del objeto (...) El chupeteo puede verse como un resto de esta fase (...) en ella la actividad sexual, desasida de la actividad de la alimentación, ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio (p. 180).

La zona anal es otra de las zonas del cuerpo vinculadas a una función vital a la que Freud (1992) atribuye gran valor erógeno y la ubica dentro de la organización sádico-anal.

La retención de las heces y su acumulación provocaría contracciones a nivel muscular que al momento de ser excretadas provocan un fuerte estímulo. Posterior a la activación de la zona anal aparecen las zonas genitales, las cuales corresponden a las partes sexuales reales y definen, según Freud (1992), el comienzo de la vida sexual "normal" (p 170). Hasta el momento que estas zonas erógenas alcancen su punto máximo, Freud ubica sus organizaciones dentro de la "etapa pregenital" (p 180).

Según Freud (1992), la elección de objeto ya se manifiesta en la vida sexual del infante y se produce en dos tiempos: una primera etapa que tiene lugar entre los dos y los cinco años, determinada por el periodo de latencia (la cual puede detenerla o hacerla retroceder) y una segunda etapa durante la pubertad, que finalmente configura la vida sexual del sujeto (p. 181-182).

Freud retoma sus reflexiones sobre sexualidad infantil del año 1905 y las aplica en uno de sus casos de fobia infantil más conocidos: el caso Hans, o "caso Juanito", un niño de 3 años que presentaba una fobia particular hacia los caballos. Freud vincula el curso de su fobia a la represión de dos componentes sexuales específicos: "Le da vergüenza orinar delante de otros, se acusa de pasarse el dedo por el hace-pipí, se empeña en resignar también el onanismo, y le produce asco el 'Lumpf', el 'pipi' y todo cuanto los recuerde" (Freud, 1992, p. 89). Hans utiliza la expresión "hace-pipi" para referirse a su órgano reproductivo en clara relación a la función propia del órgano. Experimenta el deseo de observar y de ser observado (pulsión de ver); esto se hace manifiesto en uno de sus sueños del primer periodo de represión en el cual una de sus amiguitas lo asiste mientras hace sus necesidades fisiológicas. Este deseo de ser visto se desplaza a la necesidad de comparar su "hace-pipi" con el de sus progenitores. Freud destaca el carácter egocéntrico propio de esta etapa del desarrollo al afirmar que "el yo sigue siendo el criterio con el cual uno mide el mundo" (Freud, 1992, p. 88). El niño observa en animales de gran tamaño, como el caballo, un órgano genital prominente, y establece una asociación entre el tamaño del animal y el tamaño del órgano. Luego, traslada esta asociación a la figura paterna.

Freud (1992) descarta en este punto del análisis la posibilidad de una perversión en Hans, y describe su posterior desarrollo erótico como aquel que desembocará en una "masculinidad enérgica" (p. 90). Sin embargo, se observa en Hans un episodio de homosexualidad donde declara a uno de sus amigos como "su nenita más querida". Sin embargo, Freud destaca que "(...) Hans es homosexual, como todos los niños pueden serlo, en total armonía con el hecho, que no debe perderse de vista, de que él sólo tiene noticia de una variedad de genital, un genital como el suyo" (p. 90).

En el caso de este niño observamos la elección de objeto en su deseo no solo de acostarse con sus amigas de juego sino también de dormir junto con su madre. La primera manifestación de este deseo tiene lugar ante la presencia-ausencia del padre. Aquí es

donde Freud visualiza el verdadero Edipo: esa necesidad de eliminar al padre (que su ausencia se vuelva permanente, deseos de muerte) y poder estar solo con su madre.

Freud (1992) repara en su análisis que el deseo reprimido en Hans tiene relación con la necesidad de ver el órgano sexual de su madre, más que con la interrupción del acto onanista. Sostiene que el niño se encuentra bajo el efecto retardado de la amenaza de castración impuesta por la madre tiempo atrás (p. 97-98).

Su interés por el hace-pipí no es, sin embargo, meramente teórico; como cabía conjeturar, ese interés lo estimula también a tocarse el miembro. A la edad de 3 ½ años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?». Hans: «Con la cola {Papo}-» (p. 9).

Habiendo dominado ahora el complejo de castración, el niño se vuelve capaz de transmitirle a la madre sus deseos mediante “las fantasías simbólicas del coito” (Freud 1992, p.100).

Así, durante el análisis de este niño, se evidencia, como Freud plantea en *Tres ensayos de teoría sexual*, la manifestación en el infante (de 3 a 5 años) de la elección de objeto. Freud profundiza este aspecto de la teoría en su obra *Contribuciones a la psicología del amor* (1910), destacando los diversos tipos de elección de objeto en relación con el vínculo materno. Comienza describiendo una serie de condiciones de amor observables en la mujer que la hacen objeto de deseo para la figura masculina. Encuentra así que todos estos rasgos provienen de una misma fuente: “brotan de la fijación infantil de la ternura de la madre y constituyen uno de los desenlaces de esa fijación. (...) Los objetos de amor llevan el sello de los caracteres maternos” (p.162).

Describe un tipo de vida amorosa para el hombre cuyo origen se despierta en fijaciones de fantasías despertadas en la pubertad, las cuales más adelante encontraron su camino hacia la realidad. Freud plantea que es en esta etapa del desarrollo que se le destapa al adolescente la realidad del quehacer sexual y las relaciones que mantienen sus progenitores. Esta comunicación le despierta huellas de su primera infancia, y un conjunto de mociones anímicas propias de esa etapa, en la cual odiaba al padre y lo ubicaba como competidor ante el deseo y el amor hacia la madre. En palabras de Freud (1972), “cae bajo el imperio del complejo de Edipo” (p. 164).

Uno de los rasgos mencionados anteriormente en el texto freudiano es el de rescatar a la amada, es decir, el hombre se convence de que su objeto de amor necesita ser rescatado. ¿De dónde proviene esta condición amorosa? Según Freud (1972) esto también tiene su origen en el vínculo materno: “el acto mismo del nacimiento es el peligro del que uno fue rescatado por el esfuerzo de la madre” (p. 166). La madre lo ha rescatado del



peligro del nacimiento y al mismo tiempo es la que le dio el regalo de la vida, algo que el niño buscará devolver con el mismo gesto. Cambiando su significado, Freud (1972) sustituye este acto de *rescatar a la madre* por el de *obsequiarle un hijo*, que será uno igual a él mismo. En esta fantasía se observa también el carácter identificador que asume con relación al padre.

Hasta ese momento, el complejo de Edipo había servido como concepto clínico para abordar diversas situaciones, como se evidenció en el caso Hans. Sin embargo, en este tiempo de la obra freudiana no se ha logrado visualizar una conexión teórica que explique plenamente su papel en la estructuración psíquica del individuo. Con la llegada de *Tótem y Tabú* (1913), Freud logra incorporar el complejo de Edipo en sus escritos a través de la teoría de la cultura y la transmisión de la ley paterna. Junto con la introducción del concepto de narcisismo, esto marca el **comienzo del “Edipo cultural”** (Estevão, 2017). En esta obra, analiza los comportamientos de tribus primitivas y las interacciones entre sus miembros, destacando la adoración de un tótem y la prohibición de relaciones sexuales dentro del mismo clan (aquellos que comparten un tótem común). Establece un paralelismo entre los comportamientos observados en culturas primitivas, el funcionamiento psíquico infantil y los casos de neurosis en adultos. Ese paralelismo está marcado por la existencia de una ley que no solo reprime, sino que también prohíbe y censura los comportamientos sexo-afectivos entre miembros de un mismo clan o grupo familiar, principalmente con los padres. Para que el individuo logre una correcta adaptación a su grupo social debe internalizar esta ley, por tanto debe reprimir todo comportamiento inadecuado o de carácter incestuoso, debe *resolver positivamente el complejo de Edipo*. Si esto no ocurre de forma correcta se abre paso a lo que Freud llama conflicto psíquico (neurosis). Según su primera teoría pulsional, este conflicto se produce entre dos tipos de representaciones: unas provenientes de las pulsiones del Yo (o de autoconservación) y otras representaciones intolerables asociadas a las pulsiones sexuales. Si bien Freud las diferencia, una depende de la otra, el objeto de las pulsiones sexuales se une al objeto de las pulsiones yoicas por apuntalamiento. La reactivación de las pulsiones sexuales en la adultez es lo que marca el comienzo de la neurosis (Estevão, 2017, p. 142-146).

En base a la observación de algunos de sus casos clínicos, como por ejemplo casos de homosexuales, Freud retoma el concepto de narcisismo como aquel que da lugar a la *imagen de sí* y que abre paso a la noción de *identificación* como mecanismo de constitución psíquica. Este concepto, que ya había introducido en 1910 para explicar la elección de objeto homosexual, le sirve igualmente para esclarecer el pasaje de la fase autoerótica a la fase genital (fálica) o, como él le llama, de *elección de objeto*. La elección por parte del niño de su propio cuerpo como objeto inicial, le sirve como prototipo para la elección de objeto en la edad adulta (Estevão, 2017, p. 150-151). Freud habla del narcisismo

como un mecanismo normal en el desarrollo, que marca la distinción entre el amor analítico y el amor narcisista, la cual da lugar al pasaje del autoerotismo a la elección de objeto:

(...) la primera forma de amar se da cuando hay un investimento del niño sobre el objeto parcial que satisface; por apoyo, esa satisfacción se torna en sexual y elige una zona erógena independiente de las demás alejándose del objeto; en función de la frustración, el niño debe comenzar a erigir un Yo que será investido por la libido adentrándose al periodo narcisista de la infancia. Ese primer investimento, el narcisismo primario, será el prototipo de relación de objeto que una cierta gama de personas hará durante la vida (Estevão, 2017, p. 154).

El concepto de narcisismo implica para Freud rever la teoría de las pulsiones ya que hasta aquí todo indica la existencia de una sola pulsión, la sexual, que es investida en el Yo (narcisismo) para después alcanzar los objetos. Sin embargo, la idea de un monismo pulsional (propia de Jung) es rechazada por Freud en varias oportunidades, por lo que su intento de resolver la cuestión problemática que trae consigo la introducción del narcisismo a su teoría pulsional sigue enfocada en la necesidad de sostener su aspecto dual (Estevão, 2017, p. 155).

Hasta este punto es a través de la primera teoría de las pulsiones (pulsiones del yo/ pulsiones sexuales) que Freud piensa la sexualidad infantil y el pasaje del autoerotismo a la elección de objeto. Le quita a través de dicha teoría el carácter sexual a los sentimientos edípicos infantiles, para atribuirles dicho carácter únicamente en la vida adulta, cuando estas pasan a ser expresión de las pulsiones sexuales. Esta noción del complejo de Edipo ligado a la primera teoría pulsional no puede aún ganar el lugar de constitutivo. Sin embargo, la noción de narcisismo implicó un giro en la teoría pulsional y, como ya se mencionó, la introducción de la idea de sí mismo (identificación), **lo que dará comienzo al “Edipo constitucional”** (Estevão, 2017, p. 161). Freud se ve entonces obligado a reformular toda su teoría, y esto se produce con la llegada de un nuevo tipo de pulsión: la pulsión de muerte. Ante la observación de casos de neurosis traumática, se vuelve cada vez más presente en la clínica la *compulsión a la repetición* y la idea de que la pulsión en su estado “puro” tiene una cierta tendencia a ser descargada a través de la *repetición* y alcanzar así un estado anterior, inorgánico e inanimado (la muerte). La introducción de la distinción entre pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte (Tánatos) marca un cambio significativo en la teoría freudiana. Dentro de las pulsiones de vida, Freud incluye tanto las pulsiones del Yo como las pulsiones sexuales, unificando las mismas dentro de un solo tipo de pulsión. Esta nueva formulación de las pulsiones marcaría un quiebre en su vínculo con el complejo de Edipo. De acuerdo a Estevão (2017):

(...) [se] invierte la proposición de que las pulsiones sexuales se ligan al objeto por apoyo, es decir, escogen los objetos que satisfacen anteriormente las pulsiones del Yo, mismo porque las pulsiones del Yo, con el narcisismo, pasan a ser un derivado de las pulsiones sexuales, la libido (p. 193).

No sería sino hasta *El Yo y el Ello*, su obra de 1923, que Freud lograría articular varios de sus conceptos y reorganizaría varios aspectos de su teoría: modifica la teoría del Yo instaurando una segunda tópica y dando lugar a otra noción de conflicto psíquico (tópico-dinámico entre instancias); introduce además la nueva teoría pulsional y brinda una nueva perspectiva sobre el complejo de Edipo, relacionado ahora con el mecanismo de identificación (*ligación entre Edipo y Yo*). En este punto de su teoría, Freud introduce al Ello: lugar de pulsiones y de representaciones reprimidas, al igual que de contenidos hereditarios. Influenciado por el afuera, el Yo aparece como derivado del Ello, y como instancia mediadora entre las pulsiones de este y las exigencias del mundo externo, lo que daría lugar a una dinámica en pos de hacer valer las reglas que establece el principio de realidad frente al lugar donde opera el principio de placer. Por tanto, el Ello está formado por mociones pulsionales y contenidos instintivos, tales como el complejo de Edipo, que necesitan ser domesticados, controlados y reprimidos, para dar lugar a una constitución normal del sujeto. En este sentido, es que Freud toma el *complejo de castración*, el cual posibilita la represión de estos contenidos instintivos e incestuosos para posibilitar al sujeto su entrada a la cultura y a lo que Freud llama la “razón humana” (Estevão, 2017, p. 196-199).

Es en *El Yo y el Ello* que Freud da a conocer este *complejo de castración* junto con la diferenciación sexual, pero siguiendo el desarrollo psicosexual del varón. Según plantea, el niño presupone que en todos los seres vivos (mujeres, hombres, animales) existe un miembro similar al suyo, incluso busca su forma en los objetos inanimados. En este período, el miembro es el centro de su atención, el que lo lleva a investigar y a experimentar, despertando su curiosidad sexual. El niño busca ver el miembro del otro para observar su tamaño, y lo compara con el propio; es en esta búsqueda (al enfrentarse con una hermana o una compañera de juegos) que descubre que no todos poseen el mismo miembro que él, que hay a quienes les falta. En un principio, incluso, no admite dicha falta, sino que presupone que la diferencia está en una cuestión de tamaño. Una vez que se admite la falta de pene, se llega a la conclusión de que le ha sido quitado a la niña a modo de castigo por haber incurrido en alguna falta similar a las que, en alguna oportunidad, él incurrió. Comienza así el temor y desprecio hacia algunas mujeres sumado al miedo de ser castrado. Aún no asocia la falta de pene a la figura femenina como carácter que la diferencia del

hombre, solo desprecia y rechaza a aquellas mujeres que cree que no tienen pene por haber faltado en las mismas emociones pulsionales que él. La madre aún ocupa en su subjetividad un lugar de privilegio. Para él, ella es poseedora del mismo genital, lo cual la eleva frente a otras mujeres. No es sino hasta que elabora las cuestiones del nacimiento que la madre pierde el pene. Para explicar esta pérdida hace la compensación de pene-hijo; surge también la teoría de la gestación según la cual la madre cría al bebe en el vientre hasta ser parido a través del ano (aquí aparece a su vez la asociación heces-bebe). No es sino hasta la pubertad que se esclarece la existencia del órgano femenino cuando incurre la elección de objeto y la diferenciación masculino-activo, femenino-pasivo (dentro de la cual la mujer es poseedora de la vagina como albergue del pene) (Freud, 1992, p. 145-149).

Más adelante en esta misma obra Freud avanza con el desenlace del complejo de Edipo:

El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión –como decimos-, y es seguido por el periodo de latencia. Pero todavía no se ha aclarado a raíz de que se cae a pique (el fundamento); los análisis parecen enseñarlo: a raíz de las dolorosas desilusiones acontecidas (Freud, 1992, 181).

Plantea que el final de la fase fálica, contemporánea al complejo de Edipo, finaliza con la llegada del periodo de latencia. Ante el acto masturbatorio el niño es amenazado con la pérdida de su miembro, acto que suele ser dictado por la madre; según Freud ella recurre al padre o al médico para reforzar esta amenaza. Pero no es sino hasta que nota la diferencia con los genitales femeninos que la castración se convierte en algo posible dentro de su imaginario (Freud, 1992, p.p. 182-184).

La satisfacción sexual del niño no se agota en el acto masturbatorio tal como lo visualizan los padres, sino que se la puede observar también en la actitud edípica hacia los progenitores:

El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando (Freud, 1992, p.184).

La posibilidad de castración junto con el hecho de que la madre también ha sido despojada de su miembro, es lo que le pone fin a estos dos tipos de satisfacción. Debido a que el costo de la satisfacción amorosa es el tan apreciado miembro, se desata en el niño

un conflicto entre su interés narcisista por el mismo y la investidura libidinal sobre los padres; lo que suele triunfar es el yo del niño en la mayoría de los casos: “las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó” (Freud, 1992, p.184). El periodo de latencia da comienzo cuando las aspiraciones libidinosas son inhibidas en su meta sexual, y convertidas en mociones tiernas, se disuelve el temor a la pérdida de los genitales y es allí cuando Freud (1992) habla de una represión del yo con respecto del complejo de Edipo (con la participación del superyó formado en esta etapa). No solo debe tener lugar una represión, sino que una destrucción total de este complejo, de lo contrario pueden aparecer de forma más tardía en el desarrollo síntomas propios de una formación patógena (p. 185).

Sin embargo, todo lo aquí mencionado hasta ahora refiere a una disolución del complejo de Edipo en el transcurso del desarrollo sexual del varón, pero ¿qué sucede con la niña? De la misma forma que al varón, la niña atraviesa el complejo de Edipo, el desarrollo del superyó, el complejo de castración, una fase fálica y un posterior periodo de latencia. Con la clara diferencia de una morfología distinta entre ambos sexos. Para la niña, el clítoris funciona en un principio como un pene y nota, al compararlo con sus compañeros de juego, que es de tamaño más pequeño, lo cual es asociado a un sentido de inferioridad con respecto al varón. A diferencia de este, la niña asume que en algún momento ella también poseyó un miembro de iguales características pero que él mismo le fue quitado (castrado). Por tanto, mientras que el niño teme a la castración como un posible acto so pena de castigo, la niña lo acepta como ya consumado. El complejo de Edipo en la niña se consume con la renuncia al pene, que es sustituido por el deseo de un hijo de su padre; sin embargo ambos deseos (el de tener un pene y el de tener un hijo del padre) no llegan a ser cumplidos, lo que provoca la posterior desaparición del complejo de Edipo y el sepultamiento de ambos deseos en el inconsciente de la niña.

Al finalizar, Freud (1992) hace alusión a la naturaleza típica del complejo de Edipo y a la importancia que tiene para el desarrollo del individuo:

No tengo ninguna duda de que los vínculos causales y temporales aquí descritos entre complejo de Edipo, amedrentamiento sexual (amenaza de castración), formación del superyó e introducción del periodo de latencia son de naturaleza típica; pero no tengo el propósito de aseverar que ese tipo es el único posible. Variaciones en la secuencia temporal y en el encadenamiento de estos procesos no pueden menos que revestir considerable importancia para el desarrollo del individuo (p. 187).

Como habíamos planteado en otro apartado, según Freud (1992), el Yo es una parte del Ello que se vio alterada por la influencia del mundo exterior con mediación del preconscious, y que tiene a su cargo hacer regir el principio de realidad por sobre el principio de placer que impera en el Ello. La diferencia esencial entre estas dos instancias (Yo-Ello) es que el Yo es representante de la razón mientras que el Ello es lugar de las pasiones. A esta concepción del yo modificada por el Ello, se le agrega algo más, otro grado en el interior del yo al que Freud (1992) denomina ideal-yo o superyó.

En la fase oral primitiva hay una diferenciación (aunque no muy clara) entre investidura de objeto (que se sabe proviene de El Ello y cuyas aspiraciones eróticas son percibidas como necesidades) e identificación. Cuando se produce la introyección del objeto, el Yo sufre alteraciones y forma su carácter, el cual se define de la siguiente forma: “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (Freud, 1992, p. 31). Al tomar los rasgos del objeto, el Yo se impone al Ello como objeto de amor, tras poniéndose así la libido de objeto en libido narcisista, lo cual conlleva a una resignación de las metas sexuales junto con una desexualización (p.31-32). La identificación se define por Freud (1992) como la “más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo” (p. 99). Mediante la misma, el varón toma a su padre como ideal, y a la par toma a la madre como objeto de deseo, dándole al vínculo con el padre un carácter ambivalente, es decir, hostil por un lado, tierno por otro. El niño atraviesa la fase oral (caníbal) de su organización libidinal, donde la meta sexual consiste en la incorporación del objeto deseado. Como tal incorpora, devora a su enemigo y lo elimina. Al hablar de ideal se hace referencia a lo que uno querría ser, es decir, el yo aspira a ser como otro, mientras que al hablar de objeto de deseo se hace referencia a algo que se querría tener. En la identificación “el objeto se ha perdido o ha sido resignado; después se lo vuelve a erigir en el interior del yo, y el yo se altera parcialmente según el modelo del objeto perdido” (p. 107).

Tras la génesis del ideal del yo se encuentra la identificación paterna, la cual según Freud (1992) es la más valiosa para el individuo en la etapa temprana de su desarrollo. La misma se halla vinculada a las elecciones de objeto producidas en los primeros periodos sexuales. Es aquí donde interviene la disposición triangular del complejo de Edipo y la bisexualidad constitucional del individuo. En el varón, el complejo de Edipo (positivo) implica sentimientos ambivalentes hacia el padre (provocado por sentimientos hostiles y tiernos) dentro de la identificación hacia él producida, junto con aspiración tierna de objeto dirigida hacia la madre. Sin embargo, con la disolución del complejo de Edipo, esta investidura de objeto hacia la madre debe ser remplazada, ya sea por una identificación hacia la misma o un refuerzo de la identificación hacia la figura paterna (p. 33-34).

La salida y el desenlace de la situación del Edipo en identificación-padre o identificación-madre parece depender entonces, en ambos sexos, de la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales. Este último es uno de los modos en que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo (Freud, 1992, p.34).

El otro modo a través del cual se vislumbra el carácter bisexual en el complejo de Edipo, es en su formación más completa, en la cual está presente de forma simultánea su lado positivo y negativo. Este, plantea Freud (1992), es notorio en los casos de neurosis, y se debe a una identificación con el padre (en el caso del varón) sumado a una actitud de carácter femenino dirigido a la misma figura parental, mientras que al mismo tiempo ocurre la elección tierna de objeto hacia la madre sumado a una actitud hostil y celosa hacia ella. Ante el sepultamiento del complejo se produce una identificación padre-madre en la cual “la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido” (p.35).

### **3- Edipo Según Lacan**

Estevão (2021) plantea que en Lacan hay un “retorno a Freud” mediante la revisión de varios de sus planteos teóricos y conceptuales, como por ejemplo el de estructura, entendida como “el conjunto de objetos que integran a partir de reglas específicas y que, siendo estas elementales para la estructura, es posible aislar tanto los objetos cuanto las reglas” (p. 70).

Siguiendo esta línea de pensamiento, Bleichmar (2012) plantea una distinción entre el *complejo de Edipo* y el *Edipo estructural*, entendiendo el primero como una vivencia subjetiva y el segundo como una estructura en la cual tiene lugar el complejo de Edipo. El “primer edipo” de las elaboraciones freudianas no sería, según el autor, un edipo estructural como el de Lacan, debido a que no trata de caracterizar la totalidad en juego (se centra en el niño y su sexualidad únicamente), y tampoco cumpliría con la definición moderna de estructura, que según Bleichmar (2016) se establece como “un conjunto de elementos que se constituyen en la relación y que son, por lo tanto rigurosamente interdependientes” (p.14). Si bien el autor detecta a lo largo de la obra freudiana que el edipo adquiere un carácter más estructurante de la personalidad, el análisis sigue centrado en uno de los polos de la estructura edípica: el niño. En relación a esto Bleichmar (2012) plantea:

hay un conjunto de sentimientos, de aptitudes, de emociones, de ideas -al cual [Freud] llama complejo-, que existen en el chico y que orientan su relación hacia sus padres. (...) en función de sus pulsiones se orienta de determinada manera frente a sus padres (p. 12).

En este sentido, Lacan amplía el concepto del complejo de Edipo al tomar por análisis, no solo al niño, sino la situación en la cual él se encuentra incluido como tal. De esta manera, el Edipo en Lacan es la descripción de una estructura intersubjetiva entendida como una organización de posiciones o lugares, que pueden ser ocupados por diferentes personajes manteniendo entre estos una función particular (ejemplo: el padre es tal en función o en relación a alguien que es el hijo). Esta noción de estructura es tomada de Levi-Strauss (1969), quien plantea que al seno de las estructuras de parentesco se producen alianzas donde el objeto de intercambio es la mujer, es ella la que circula entre los distintos clanes y permite que se generen las alianzas entre los hombres:

en el origen de las reglas matrimoniales (...) siempre encontramos un sistema de intercambio. (...) [Sea] en forma directa o indirecta, global o especial, inmediata o diferida, explícita o implícita, cerrada o abierta, concreta o simbólica, el intercambio, y siempre el intercambio, es lo que surge como base fundamental y común a todas las modalidades de la institución matrimonial. Todas estas modalidades pueden incluirse bajo la denominación general de exogamia (...) solo a condición de percibir, detrás de la expresión superficialmente negativa de la regla de exogamia, la finalidad que tiende a asegurar, por medio de la prohibición del matrimonio en los grados prohibidos, la circulación total y continua de esos bienes por excelencia del grupo: sus mujeres y sus hijas (p. 555-556)".

Lacan toma de Levi-Strauss esta idea de intercambio y en el lugar de la mujer como objeto del mismo lo sustituye por el falo, siendo este el objeto de valor que circula entre los personajes de la trama edípica. (p. 24-25). Según Bleichmar (2012), el Edipo en Freud se centra alrededor de la satisfacción de la pulsión, mientras que el Edipo en Lacan centra la satisfacción alrededor del narcisismo. A medida que el falo circula, se van ubicando los personajes en relación al mismo y esa posición les otorga una satisfacción narcisista determinada (p. 33).

Lacan lee a Freud a partir de las estructuras del aparato psíquico, aislando sus elementos y pensando en sus reglas elementales. El estructuralismo permite, siguiendo las operaciones simbólicas que tendrían lugar durante el complejo de Edipo, la formación de distintas organizaciones o estructuras psíquicas conocidas como psicosis, perversión y neurosis. No se refiere a estas como patologías sino como modos de operar psíquicamente ante los distintos eventos de la vida del sujeto. En 1953, Lacan plantea tres formas distintas a través de las cuales el sujeto percibe su realidad, los tres registros: el imaginario, el



simbólico y el real (RSI), que interrelaciona mediante la figura topológica del nudo borromeo. Lacan se sirve de estos tres registros para repensar el edipo freudiano. Lo simbólico preexiste al sujeto y determina (a través del lenguaje y, como tal, del significante) su manera de comunicarse no solo con el afuera sino también con su mundo interno, ya que es a través de las operaciones significantes que se crean los sentidos e imágenes que luego se tornan en significados. Por otro lado, el campo de lo imaginario refiere a la formación del sí mismo, es decir del Yo y del Otro que Lacan extrae de la concepción narcisista de la teoría freudiana. Esta creación del sí mismo vinculado con la imagen del Otro y del ideal le produce al sujeto una sensación de completud que acaba con el malestar. Sin embargo, hay ciertos elementos que escapan del campo del lenguaje y que producen una ruptura a nivel de los sentidos, vividas por el sujeto como experiencias traumáticas y angustiantes. Lacan se hace entonces de tres aspectos teóricos para abordar y repensar el complejo de Edipo: el concepto de negatividad (la no adaptación) y junto con éste la imposibilidad inherente al sujeto humano de alcanzar la completud y la satisfacción plena de la pulsión; la teoría estructural a través de la cual se pueden organizar las distintas formas del funcionamiento psíquico según las reglas a través de las cuales operan (distintas estas en la neurosis, la psicosis o la perversión); y por último, los tres registros, que brindan una nueva perspectiva de la teoría freudiana desde el punto de vista lacaniano. (Estevão, 2021, p.p. 69-75).

Según Estevão (2021):

El edipo en Lacan no es una teoría de cómo se dan las relaciones entre el niño y sus cuidadores. Es una teoría de cómo se crían y se inscriben los elementos que llevan a una estructura psíquica (...) Su clínica se sitúa justamente en aquello que podemos llamar "más allá del Edipo" (p. 79).

Por otro lado, Quinet (2015) refiere al carácter normatizante que tiene el complejo de edipo en Lacan al mencionar que:

(...) [el edipo es el] proceso simbólico de asunción de la ley que borra el goce de la madre, que, como objeto de deseo, es prohibido y alza el goce a lo imposible. El desdoblamiento de eso, desarrollado por Lacan en los años 1950, se encuentra en los tres tiempos del Edipo, en cuyo final el sujeto está apto a la sexualidad (p. 35).

En Lacan, el Nombre-del-Padre es el significante portador de la ley y de ese aspecto normatizante del complejo de Edipo. Su valor simbólico, lo extrae de la teoría freudiana presente en *Tótem y Tabú (Freud)*, donde el padre funciona como ley después de su

muerte, transformándose en un nombre (significante). Este Nombre-del-Padre toma su valor simbólico desde el lenguaje y lo describe como un “padre simbólico”, distinguiéndose del “padre real” ( figura del progenitor). A través de la siguiente tabla de los tres pisos, Lacan (2016) refiere el papel que cumple la función paterna (padre simbólico) y el padre real en el complejo de Edipo:

Padre real	Castración	imaginario
Madre simbólica	Frustración	real
Padre imaginario	Privación	simbólico

En el primer nivel, que es el nivel de la castración, el “padre real” interviene mediante un acto simbólico o imaginario que es, precisamente, el de la amenaza de castración. En el segundo nivel, el de la frustración, el padre --ya no como agente real sino como función simbólica-- le prohíbe al niño el objeto materno provocando en esta frustración, ve al padre como rival. Y por último, la privación, en donde el padre es preferido ante la madre lo que da lugar al proceso de identificación (punto que marca la salida del complejo de Edipo) (Ideal del Yo) (Lacan, 2016, p. 176-177).

Lacan (2016) hace una primera aproximación a la noción sobre el padre planteando que no es un objeto real, al menos no en lo que refiere a su definición en torno a la problemática edípica. Si bien hay una intervención del padre como agente real, aquí la cuestión viene referida al padre como función simbólica y en torno a esto es que plantea que “el padre es un significante que sustituye a otro significante” (p. 179), es decir, es una metáfora. Este es el único papel que cumple el padre en el complejo de Edipo; ser un significante que va a sustituir al primer significante introducido en la simbolización, es decir, el significante materno. La fórmula de sustitución metafórica que plantea Lacan es la siguiente:

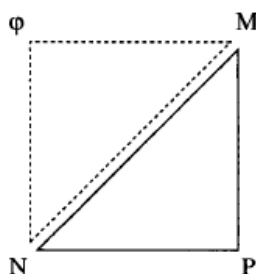
$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S\left(\frac{1}{s'}\right)$$

Adaptándola a la metáfora paterna, la S sería el Padre y S' la madre, siendo x el significado en relación a la madre:

$$\frac{\text{Padre}}{\text{Madre}} \cdot \frac{\text{Madre}}{x}$$

La metáfora paterna como tal, propondría una operación a nivel de los significantes en la cual siempre se encuentra un valor o término omitido ( $x$ ). Los elementos que forman parte de dicha operación son: el deseo de la madre (DM), el valor que tiene ese deseo para el niño (representado en la ecuación con la “ $x$ ” por ser desconocido), y el Nombre-del-padre como aquel significante que sustituye el deseo materno, dando lugar a la fórmula **NP/DM x DM/x = NP(A/falo)**. Según la operación a nivel de significante que plantea Lacan, el elemento “ $x$ ” cobra valor fálico, y el Nombre-del-Padre se instala en el lugar del Otro (A). De esta manera se produce para el sujeto la entrada a la ley simbólica y a la sexualidad (Estevão, 2021, p. 35-39).

Según Kaufmann (1996), la metáfora paterna es una concepción de la función del padre en el complejo de Edipo que pretende dar cuenta del modo en el cual el padre se convierte en portador e instaurador de la ley simbólica. “[La] metáfora paterna está ligada al emplazamiento del significante fálico como significante central de toda la economía subjetiva” (p.315). Este significante aparece al analizar la relación de objeto presente entre la madre y el niño, ya que en esta diada el niño solo cobra valor para la madre en la medida en la que responde al *Penisneid* (envidia del pene). Para el niño la madre solo cobra valor en el momento en el cual satisface sus necesidades. Ella es la portadora de un don, puede darlo todo pero a su voluntad, una voluntad a la cual él se encuentra sometido (p. 316). De esta manera el niño efectúa una primera simbolización de la madre, que aparece como un ser esencial y portadora de una ley omnipotente. Ella es la única capaz de cumplir y satisfacer sus necesidades, es un Otro absoluto (Quinet, 2015, p.p. 40-41). Según Lacan (2016) “su deseo es deseo del deseo de la madre (...) se abre una dimensión por la cual se inscribe virtualmente lo que desea objetivamente la propia madre en cuanto ser que vive en el mundo del símbolo”(p. 188). Este deseo es el falo, el cual tiene un vínculo de orden metafórico con el lugar que ocupa el padre en la triangulación edípica, es decir, “la posición del significante del padre en el símbolo es fundadora de la posición del falo en el plano imaginario”(p. 189).

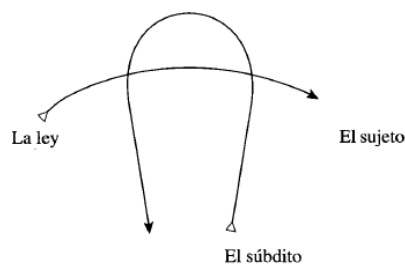


Esta tríada imaginaria entre madre-niño-falo es en sí mismo, según Lacan (2021), una triangulación preedípica y cobra verdadero interés en el momento en el que se une un cuarto elemento, la función del padre, introducido por la dimensión del Edipo (p. 83). Esta

tríada se transforma en un cuarteto simbólico ante la decepción del niño cuando toma en cuenta que no es el falo de la madre y descubre que ese elemento deseado está en la figura del padre. Es en este momento que el niño se vuelve al padre como poseedor del falo (Nassio, 2013, p 153).

Lacan (2016) propone distinguir tiempos lógicos en los cuales el falo se constituye en el plano imaginario como objeto privilegiado y prevalente (p. 190). Precisamente va a distinguir tres tiempos, pero ¿por qué se trata de tiempos lógicos y no cronológicos? La psicología como campo de estudio adopta formas de medición cronológicas utilizándolas para determinar periodos de duración para eventos específicos en la vida de un sujeto (como lo hace Freud con sus fases del desarrollo). Sin embargo, la observación mostraría que estas fases pueden superponerse una con la otra, más allá del cumplimiento de un periodo de tiempo cronológico. Estevão (2021) plantea que pensar en tiempos lógicos da lugar a la posibilidad de pensar una fase como condición para otra sin que exista una jerarquía entre ellas, y esto es algo que diferencia a Lacan de otros autores del psicoanálisis (p.79). Según Nassio (2013), Lacan divide el edipo en tres tiempos teniendo en cuenta la relación que tiene el padre en las fantasías edípicas del niño, el padre simbólico, el padre real y el padre imaginario (p. 133).

Volviendo al vínculo del niño con la madre, en el primer tiempo lógico del edipo el niño ha constituido a su madre como sujeto sobre la base de la primera simbolización (producida a través del juego ausencia-presencia: *Fort-Da*) y como tal, él se encuentra sometido a la ley materna, una ley que Lacan (2016) caracteriza como “incontrolada”, ya que se sostiene en el buen querer o mal querer de esa madre que la soporta. Es por esto que Lacan plantea que en un principio el niño empieza siendo una especie de *súbdito*, pues está sometido al capricho de aquello de lo que depende (p.195):



En este primer tiempo lo que el niño busca es poder satisfacer el deseo de su madre, ser el objeto de su deseo. Esta es la etapa fálica primitiva: basta con *ser* el falo para gustarle a la madre (Lacan, 2016, p. 197-198). Por otro lado, en lo que a la figura paterna

refiere, no está aún encarnada sino que aparece en forma simbólica a través de la imposición de la ley tácita que el niño ignora (Nassio, 2013, p. 133).

Al mismo tiempo, comienza a darse la estructuración del Yo a través de la diferenciación entre el mundo interno y el mundo externo del niño. Estevão (2021) plantea que esto no es un proceso innato, sino que tiene lugar a través de la ausencia-presencia del Otro. Este le brinda al niño una serie de significantes para que pueda construir una imagen corporal de sí mismo, permitiendo así que las pulsiones se organicen de forma narcisista. A este proceso de identificación inicial en la estructuración psíquica del niño Lacan lo llama *estadio del espejo* y tiene lugar al mismo tiempo que el proceso de alienación y separación marcado por el Otro (Estevão, 2021, p. 84-86).

Sin embargo, Lacan plantea que cuando se produce la alienación al deseo del Otro, algo se pierde. Si bien el Otro se impone al niño tratando de que este se adecúe a su deseo, algo de su ser le impide dejarse capturar por ese deseo y a este algo Lacan lo llama *sujeto*, distinguiéndolo del Yo, ya que el primero no está contenido dentro de la imagen corporal ni tampoco por el significante: “el sujeto ya es otra cosa, configurándose como una de las formas de negatividad del Edipo” (Estevão, 2021, p. 87).

En el segundo tiempo el juego de presencia y ausencia marca una operación distinta a la del primer tiempo. La presencia del Otro refuerza la identidad fálica. Sin embargo, durante la ausencia, surge la interrogante en relación a la falta: ¿si yo completo al Otro y me ubico en el lugar de su falo, porque no está siempre presente? En este punto se produce un quiebre en la idealización de ese Otro como un ser absoluto y completo, quedando su ausencia marcada por algo que le falta, y busca en un lugar que no es el Yo del niño. A esta interrogante Lacan la llama el *Deseo de la Madre*. A partir de este tiempo lógico entra en juego un cuarto elemento --hasta aquí había tres: función materna, falo, niño-- la función paterna a la cual Lacan llama Nombre-del-Padre, encargada de desplazar el lugar que ocupaba el Otro materno (Estevão, 2021, p. 87-91). Por lo tanto, en este tiempo hace su aparición la figura real del padre, ejerciendo su función de agente separador entre la madre y el hijo, prohibiéndole a uno que tome al otro como objeto de deseo (Nasio, 2013, p. 133).

En palabras de Quinet (2015):

El Nombre-del-Padre, inscribiéndose en el Otro, lugar ocupado anteriormente por la madre, no simbolizada, permite la articulación entre el complejo de castración y el acceso a lo simbólico del proceso de Edipo. Por intermedio de la metáfora paterna, la significación del falo es evocada en el imaginario del sujeto. Antes de eso, no había tal posibilidad. Más el precio de transformarse en significantes es el propio desaparecimiento del falo. El efecto de castración simbólica aparece en el imaginario como falta (p. 41).

Por tanto, este segundo tiempo está marcado por la intervención del padre simbólico, como Otro que desplaza a la madre como portadora de la ley y que a la vez es el encargado de privar al niño de la madre ya que ahora ella “es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene” (Lacan, 2016, p. 198).

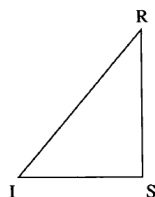
Siendo que Lacan trabaja el Edipo desde sus matrices simbólicas y haciendo uso de funciones psíquicas (matemas) la estructura presente hasta ahora según los dos primeros tiempos del Edipo es la siguiente:



El tercer tiempo del Edipo está marcado por su declive, y por el valor que toma el falo en la psiquis del niño. Este último es el significante que le permitirá situarse en el orden simbólico y en la elección sexual. En este tiempo el niño pasa de *ser* a *tener* el falo. El padre aparece como figura identificatoria de su yo, y el Nombre-del-padre como tal es el que dará lugar a la paternidad significativa (Quinet, 2015, p. 42):

$$\text{Nombre-del-Padre} \left( \frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

En este tiempo el padre se vuelve aquel que, como portador del falo, es capaz de darle a la madre lo que desea, porque es él quien lo tiene. Se convierte para el niño, según Nasio (2013), en un ser todopoderoso por quien al mismo tiempo tiene sentimientos de odio y envidia. Este padre respetado, odiado y envidiado es el padre imaginario (p.133). Según Lacan, aquí interviene la potencia, en el sentido genital de la palabra. Esto es lo que marca la salida del complejo de Edipo, el momento en el cual el padre revela que es él el portador del falo, y se produce la identificación denominada *Ideal del yo*. En el triángulo simbólico antes visto, esta identificación se ubica en el lugar del niño (N); en el polo materno (M) se instaura lo que luego será realidad y del lado del padre (P) estará lo que será el Superyo:



¿Cómo se produce entonces la disolución del complejo de Edipo? Nasio (2013) hace una clara distinción entre el varón y la niña. En el varón, la angustia de castración es la que

dará paso a la resolución del Edipo. Este autor la describe como una fantasía por la cual el niño teme recibir como castigo la mutilación de su falo. Lacan (2021) plantea que la castración es el “signo del drama del Edipo” (p.218), sin embargo, ninguna castración es una castración real, solo opera en el sujeto como una acción ante un objeto imaginario. Esto funciona de forma distinta en la niña, ella no se encuentra castrada sino privada. La privación implica la simbolización del objeto en lo real, la mujer no se encuentra castrada sino privada del pene (p. 218-220). Para Nasio (2013) la castración es una idea, mientras que la privación es un hecho; para el niño la castración es una idea angustiante, para la niña es una idea dolorosa que le comprueba la falta lo que creía tener (p. 154).

Esta angustia de castración que experimenta el niño no es consciente ya que mientras haya deseo y placer el niño sentirá angustia. Esto lo lleva a renunciar al objeto de sus deseos con el fin de proteger su pene-falo, marcando para él la resolución del complejo de Edipo (p. 41-42). Cuando el niño se aparta de sus padres como objetos sexuales, los conserva como objetos de identificación, es decir, se apropia de ellos como objetos de su yo ante la imposibilidad de tenerlos como objeto de su deseo. Gracias a esta incorporación es que integra en el sí mismo las prohibiciones parentales; este paso de la sexualidad a la moral marca el nacimiento del superyó como instancia psíquica (p. 45-46). Según Lacan (2021), el superyó es el núcleo permanente de la conciencia moral encarnada en cada sujeto, un significante que imprime la relación del hombre con el significante (p. 214).

Por otro lado, se produce la asunción progresiva de la identidad sexual: hasta ahora el niño solo tenía una percepción intuitiva de la diferenciación sexual en base a quién tenía o no el falo, entre los débiles y los fuertes. Será el contexto familiar, social y lingüístico sumado a las sensaciones erógenas provenientes de la zona genital y la atracción hacia el progenitor del sexo opuesto, los factores que darán lugar de forma progresiva a la instauración de una identidad sexual asumida por completo durante la adolescencia (Nasio, 2013, p. 46).

El caso de la niña es muy distinto al varón, en ella no existe el miedo a la pérdida del falo-pene ya que nunca lo tuvo, por tanto no atraviesa la angustia. Pero sí experimenta el dolor que le provoca la privación, se siente engañada por la madre, quien se muestra incapaz de darle aquello que atesora ya que ella tampoco lo tiene ni lo tendrá esto ocasiona que la niña se aleje de ella. Usualmente esta instancia es nombrada en psicoanálisis como envidia del pene, sin embargo, Nasio (2013) aclara que lo que la niña “envidia” es el poder que el falo-pene le atribuye a quien lo posee, y no al hombre-niño por poseerlo. Por esto, el autor prefiere hablar en términos de anhelo y no de envidia (p.57-60).

Aparece el padre como gran portador del falo y busca de él consuelo pero a la vez reclama su poder; sin embargo el padre le niega esta fantasía y ante esta negativa la niña asume la realidad de que nunca podrá tener el falo. Vuelve hacia el padre una vez más pero en esta

oportunidad buscando ser la fuente de su poder, ser el falo y por tanto objeto de su padre, busca ser poseída por él (abriendo paso al deseo incestuoso). “Cuando la niña anhelaba, adopta una posición masculina, ahora que desea, adopta una posición femenina” (Nasio, 2013, p. 62). Así es como la niña entra en el Edipo, sexualizando a su padre y queriendo cumplir la fantasía de ser mujer. Aquí la madre vuelve en escena como ejemplo de feminidad, se identifica con ella y su comportamiento edípico con el padre se inspira en el ideal femenino que toma de la madre; aprende de ella a seducir al hombre. Ella es, al mismo tiempo, el modelo ideal y una rival para la niña. (Nasio, 2013, p. 62).

¿Cómo se produce la salida del Edipo para la niña? Al igual que en su momento el padre le negó la posesión del falo, la niega ahora como objeto sexual. Ante esta serie de negativas la niña toma ahora otra posición para con la figura del padre: la de ser como él. En este Sentido Nasio (2013) sostiene:

Identificada con los rasgos masculinos del padre, después de haberse identificado con los rasgos femeninos de la madre, la niña abandona finalmente la escena edípica y se abre a partir de entonces a los futuros compañeros de su vida de mujer (p. 64).

Al crecer y transformarse en mujer, la niña irá tomando rasgos de su identificación materna y paterna e irá transformando de manera progresiva su deseo de ser poseída por el padre en el deseo de ser poseída por el hombre amado (Nasio, 2013, p. 68).

Para Lacan (2016) el Edipo cumple una función normativa no solo en relación a la estructura moral, sino también en relación a la asunción del sexo. Es decir que la resolución del complejo de edipo tiene como objetivo que el hombre asuma el tipo viril y la mujer el tipo femenino: “la virilidad y la feminización son los dos términos que traducen lo que es esencialmente la función del Edipo” (p. 170). Asumir su genitalidad le implica al niño no solo una elección objetal sino que esta debe ser en esencia de corte heterosexual. Pero además Lacan (2021) plantea lo siguiente:

No basta con que el sujeto alcance la heterosexualidad tras el Edipo, sino que el sujeto, niño o niña, ha de alcanzarla de forma que se sitúe correctamente con respecto a la función del padre. Éste es el centro de toda la problemática del Edipo (p. 203).

#### **4-Edipo, teorías de género y queer**

Este último planteo de Lacan en relación a la genitalidad y la elección de objeto heterosexual es foco de muchas críticas por parte de varios autores del campo de las



teorías de género. Aquí nos enfocaremos en los planteos de Judith Butler, quien propone críticas al psicoanálisis y su carácter binario y/o heteronormativo. Para recorrer estos planteos, utilizaremos el texto de Cossi y Dunker (2016), que ensayan una visión panorámica sobre los planteos de Butler y en relación y contraposición con el recorrido teórico de Lacan, desde sus primeros planteos hasta su última fase de desarrollo teórico, que incluye las fórmulas de la sexuación con énfasis en la dimensión de lo real.

Según Cossi y Dunker (2016) “Butler puede ser considerada una constructivista que critica el esencialismo universalizante y materialista que recae sobre la teoría clásica de género” (p. 2). Esta filósofa tomaría muchas de sus críticas desde la corriente post-estructuralista de Foucault, para quien la gramática sustantiva del sexo tiene como resultado una reglamentación binaria a través de la cual se excluirían y discriminarían aquellas multiplicidades que desbordan las hegemonías heterosexuales. Parte de esta crítica estaría fuertemente vinculada a la metafísica de la sustancia, la cual implica pensar en que todas las categorías psicológicas --tales como el sujeto, el yo o el individuo-- procederían de una ilusión, es decir son falsos conceptos. La noción de sustancia constante sería una de esas construcciones ficticias. Según Butler (2007), tales construcciones ficticias habrían sido creadas “a través del ordenamiento obligatorio de atributos en secuencias coherentes de género (...) [El] género como sustancia (...) se cuestiona por el juego disonante de atributos que no se corresponden con modelos consecutivos o causales de inteligibilidad” (p. 83). El efecto sustantivo del género, plantea Butler (2007), se habría generado performativamente y se impone mediante prácticas reguladoras que producen y reproducen las relaciones de poder. Cuando dice que el género es performativo se refiere a que “conforma la identidad que se supone que es” (p. 84).

Según Cossi y Dunker (2016), Butler centraría su argumento en la relación inestable que se establece entre los mitos discursivos que organizan la distribución de los géneros como identidades, y los ritos prácticos que transforman los géneros diferencialmente. Los actos repetitivos habrían producido el efecto de ontologizar los géneros, lo que justificaría de cierta forma la existencia de las categorías “hombre” y “mujer”. Esta repetición imitativa, plantean los autores, es la que organizaría los actos performativos que crearían la ilusión de identidad, de la existencia de un modelo original que sería el fundamento del sentimiento de inadecuación social de género (p. 3).

Butler (2007) hace la siguiente afirmación sobre el género:

el género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas -dentro de un marco regulador muy estricto- que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser. Una genealogía política de ontología del género (...), deconstruirá la apariencia sustantiva del género en sus acciones constitutivas y situará

esos actos dentro de los marcos obligatorios establecidos por las diferentes fuerzas que supervisan la apariencia social del género.(p. 98)

La autora plantea que el psicoanálisis es uno de los responsables de la reproducción de regímenes reguladores, como la uni-versidad o univocidad del sexo y del marco binario, los cuales naturalizarían los regímenes de poder impuestos por la opresión heterosexista. Su crítica apuntaría al planteo de corte estructuralista que existe en la base del psicoanálisis lacaniano, proveniente de autores como Lévi-Strauss. Para Butler, este autor elabora su análisis en relación a un sistema de relación binario entre naturaleza y cultura, a través del cual se mantiene una posición jerárquica en donde la primera, la naturaleza, quedaría en el lugar de un "Otro" que se adecuaría a los principios que la segunda, la cultura, le impondría. El sexo para Levi-Strauss, dice Butler (2007), es "anterior a la ley" y funciona como materia prima de la cultura, como instrumento de significación cultural. Esta ley serviría para regular el intercambio dentro de los sistemas de parentesco, y el objeto de este intercambio sería la mujer. La novia no posee identidad, es sólo un término dentro de la relación de parentesco que carga y representa la identidad masculina en su ausencia, objeto de intercambio entre clanes. Esta ley marca la prohibición del incesto, el cual, según el autor, no sería un acto social, sino una fantasía cultural permanente. Lacan se apropia de la teorización de Lévi-Strauss en relación a la prohibición del incesto, pensado éste como estructurador de las relaciones de parentesco, planteando que la ley se confirma en cada individuo una vez que éste ingresa en la cultura; la prohibición incestuosa generaría la insatisfacción que da paso al habla en el niño (p. 104-114).

Cossi y Dunker (2016) sostienen que, para Butler, el psicoanálisis de Lacan se apoya en una matriz heterosexual. Para el Lacan de Butler, las categorías del orden de lo simbólico y la diferencia sexual se imponen como reglas trascendentes e inmunes a los cambios sociales. Esto se vería reflejado en el pasaje de dualismos internos --fálico/castrado, activo/pasivo--, a la estructura de lenguaje: significante/significado, habla/lengua. Estos autores plantean que el foco exclusivo en el orden simbólico habría estado en el origen de concepciones universalistas que habrían tenido como resultado una noción de género como estructura no modificable, que "funciona como sucedáneo ontológico invertido del realismo naturalista tradicional" (p. 3). Esto le habría dificultado al psicoanálisis la posibilidad de pensar nuevos arreglos culturales, nuevos parentescos, nuevas prácticas sexuales y configuraciones de género, distintas a las enmarcadas dentro de la estructura binaria. Esta misma estructura habría conducido a Freud a una ontología de la identidad sexual sustentada en una teoría sobre la génesis natural de los sexos: la definición del sujeto como hombre o mujer ocurriría a través del Edipo y el pensamiento lacaniano de los años 50 se habría plegado a ese freudismo. El pasaje por el Edipo

“normalizaría” y “humanizaría” al sujeto, estableciendo los tipos de sexualidad, género y familia que lo habrán de acompañar en el proceso de socialización. Los casos de incongruencia o diferencia, serían ejemplos de un edipo que no fue “atravesado correctamente” por el sujeto. Butler critica esta concepción del Edipo como formador de la identidad de género y de elección de objeto (p. 3).

Según Butler, para Lacan, el orden simbólico habría funcionado como estructura de representaciones que regulan el sexo, diferenciando sus distintas posiciones a partir del significante falico: se es o se tiene el falo. No hay, dice Butler (2007), un acceso al ser sin antes haber pasado por la búsqueda de *ser* del falo y esto implica ubicarse en el significante del deseo del Otro (masculino-heterosexual). Las posiciones de *tener* el Falo (posición del hombre) y *ser* el falo (posición de la mujer) son la herramienta a través de la cual el orden simbólico elabora y da paso a la inteligibilidad cultural. Plantea que “ser el Falo es ser significado por la ley paterna, ser su objeto y su instrumento y, en términos estructuralistas, el “signo” y promesa de su poder” (p.116-118).

El concepto lacaniano de lo simbólico, dicen Cossi y Dunker (2016), habría funcionado, en determinada época de su teoría, como una manera de enmascarar el carácter segregador, valorativo y moral de los criterios de inteligibilidad normativa (p. 4). Según Butler (2007) aquello que puede y no puede pensarse dentro de los límites de esa inteligibilidad cultural se encuentra establecido por el “drama de lo Simbólico”, el deseo y la instauración de la diferencia sexual interpretadas, por la filósofa, como economías significantes independientes (p. 171).

En su obra *Deshaciendo el género* (2006), Butler deja en claro que mientras las identidades binarias de género dependen o corren en manos del deseo, los géneros coherentes se corresponderán siempre con las orientaciones heterosexuales. En Lacan, el deseo es el deseo del otro y esto funciona en el marco de una triangulación edípica entre la función del padre, la función materna y el niño, donde la prohibición es fundamento de su deseo, es decir: el niño desea lo que el Otro desea, pero ese objeto no le pertenece a él, sino al Otro. En estas formulaciones, Butler (2016) ve una clara influencia de la postura estructuralista de Lévi-Strauss sobre el intercambio de mujeres: “los miembros masculinos del clan se intercambian mujeres con el fin de establecer una relación simbólica con los otros hombres del clan. Se quiere a las mujeres precisamente porque son queridas por el Otro. Así pues, éstas son un valor de cambio” (p. 196-198).

Cossi y Dunker (2016) plantean que la crítica de Butler a este Lacan se enmarcaría contra las nociones de diferencia sexual y de lo simbólico, las cuales proporcionaron la idea de que aquello que promueve la inteligibilidad cultural sería el “encuadramiento de las normas de heterosexualidad compulsoria” (p. 4). Sin embargo, lo que Butler no habría percibido en Lacan, plantean estos autores, es que desde el inicio de su obra existe una

crítica a los excesos de experiencia de identidad. Marcan, hay *tres tiempos en Lacan en lo referido a la identidad*: un primer tiempo en el cual la identidad sería una ilusión imaginaria; un segundo tiempo donde su interés está depositado en la no-identidad del objeto de la economía libidinal (corrosión de la identidad); y un tercer tiempo en donde hace énfasis en la no-identidad ontológica con su concepto de lo Real (p. 4).

Según Cossi & Dunker (2016):

si para Butler, la identidad se opone a la diferencia, siendo la diferencia el concepto primario, para Lacan la diferencia es secundaria en relación a la repetición y sus cruzamientos en términos de universalidad y existencia. La pulsión, concepto tan importante para Butler, es un dispositivo de repetición, que opera en todos los modos de subjetivación: experiencias de satisfacción, de goce, de trauma, de luto, de transferencia, de identificación. Si llevamos en cuenta el seminario VII sobre *Ética del psicoanálisis* (1960), encontraremos un gran esfuerzo de Lacan por articular la repetición como categoría simultáneamente lógica y moral. La repetición, la deformación y la negación fundamentan simultáneamente gramáticas sociales de reconocimiento social y formas lógicas de deseo y de goce. Lo real en Lacan es deducible del concepto de repetición. (p. 4)

La cuestión fundamental sería que, en Lacan, habría “espacio justamente para incluir la pulsión como teoría de generación de contingencia” (Cossi y Dunker, 2016, p. 4), es decir, la contingencia/ repetición/ pulsión se abre para todos los modos de subjetivación. Lo Real en Lacan sería deducible del concepto de repetición, la cual a su vez ocuparía un lugar anterior y primero a la diferencia. La pulsión (el goce) funciona operando en todos los modos de subjetivación y es la repetición la que fundamenta gramáticas sociales y formas lógicas de goce.

Aquí llegamos a un elemento clave de la lectura que Cossi y Dunker (2016) realizan sobre las críticas de Butler a Lacan: la filósofa habría centrado su crítica en el Lacan de los años 50-60, “el Lacan de lo simbólico”, como se lo refiere comúnmente. Lo que Butler no tendría presente en esta crítica, es que en sus seminarios más tardíos, Lacan, con sus fórmulas de la sexuación, plantea que la diferencia sexual no puede ser determinada por una norma simbólica que fije la identidad del sujeto. Según los autores, el error de Butler estaría centrado en el lugar que ella le asigna al sexo como producto de lo simbólico, ya que al introducir las fórmulas de la sexuación, lo que hace Lacan es justamente pensar el sexo fuera de lo simbólico y como algo ilimitado entre modalidades de goce. Incluso introduciría a partir de su seminario XX la noción de hombre y mujer como semblantes imaginarios, los cuales no se relacionan con las diferencias biológicas o de género. Con esto último, daría a entender que la diferencia sexual no puede ser abordada por el lenguaje ni pensada como

una duplicación de la diferencia significativa, sino como una *experiencia no identitaria de goce* (p. 6).

¿Qué plantea Lacan en relación a los semblantes (hombre-mujer) en sus fórmulas de la sexuación? El hombre se encontraría sometido a una proposición de corte universal, por un lado, y negativa, por otro. Lo primero implicaría su sometimiento a un orden fálico, mientras que la negativa daría a entender que debería existir por lo menos un hombre que no estuviese sometido a ese orden fálico. Este hombre que escapa a la ley se establece como excepción para que el concepto de universal pueda sustentarse. Del lado de la mujer, no funciona de la misma manera, ya que la proposición universal tendría un carácter únicamente negativo, con esto se quiere decir que no toda mujer está sometida al orden fálico, ni todo de una mujer está sujeta a la ley del significante. Lacan plantea lo siguiente: “no existe mujer que no esté sometida al orden fálico”, es decir, no es posible encontrar una mujer para quien la función fálica sea totalmente inoperante. Este planteo de “no existe mujer” o “la mujer no existe” implicaría pensar que no hay un significante propio que represente a las mujeres como un conjunto en su totalidad, lo que Butler denominaría “género no inteligible”. Al contrario que el hombre, en la mujer no existiría un universal, es decir, de una mujer no se deduciría las otras del conjunto sino que deben ser tomadas una a una. En base a este aforismo -que la mujer no-toda se encuentra inscrita en un Orden simbólico-, es que Lacan deduce que existe lo que denomina “Otro goce”, que persigue un significante imposible de ser articulado. Con sus fórmulas de la sexuación, Lacan plantearía que no toda sexualidad es fálica o simbólicamente ordenada, de ahí su carácter plural. Es debido al carácter de lo Real de la diferencia sexual que ésta no se fija en identidades sino que existe una pluralidad de manifestaciones de la sexualidad (p. 5-7).

Cossi y Dunker (2016), muestran como Butler se mantiene firme en sostener un aspecto binario en el psicoanálisis, en cuanto a lo que refiere a la diferencia sexual; en este punto, los autores sostienen que ese supuesto binarismo no sería compatible con la afirmación lacaniana de que “la relación sexual no existe” -- este aforismo no aceptaría un planteo de binarismo o heteronormatividad en lo relativo a la relación hombre-mujer, vale decir, referente a cualquier tipo de “relación sexual”. Lo que estaría en juego, entonces, es qué hacer con la percepción común de las categorías hombre y mujer como complementarias y unidas entre sí por relaciones de dependencia y reciprocidad, y lo que cada autor/a hace con ello (p. 6).

Cossi y Dunker (2016) se sirven de las revisiones de otros autores para encontrar puntos en común entre Butler y el Lacan de lo Real. Las máximas teóricas planteadas por Lacan de “la mujer no existe” y “la relación sexual no existe” permitirían cuestionar el

sistemas simbólico a través del cual se elaboró lo que se entiende por mujer, desde una jerarquía de género que acaba por relegarlas a un conjunto de normas heterosexistas. Para pensar las diferencias existentes dentro del universo de la mujer, el aforismo “la mujer no existe” da a entender que no hay un significante de la mujer en el orden simbólico, por tanto no existe representación de la mujer que la dimensione como tal. El término “mujer” sería --en palabras de los autores-- “una construcción normativa” que tanto Butler como Lacan denuncian precaria. “Es solo a partir de la conceptualización de que la mujer no puede existir que las construcciones históricas referentes a las mujeres pueden cambiar” (p. 7).

Para concluir, Cossi y Dunker (2016) traen a colación una reelaboración que hace Butler de su concepto de diferencia sexual y género que difiere de la establecida por ella misma en *El género en disputa* (2007), ya no concibiendo el género como una construcción cultural sino como una parte de la diferencia sexual que aparece como lo social. En *Deshaciendo el género* (2006) la filosofía plantea: “el género es el extremo de la socialidad en la diferencia sexual” y la diferencia sexual “es el lugar donde se plantea y replantea la pregunta de la relación entre lo biológico y lo cultural (...) tiene dimensiones psíquicas, somáticas y sociales” (p. 263-264). Según Butler (2006), el problema central que acarrea la diferencia sexual es el cómo determinar dónde empieza y dónde terminan las dimensiones de lo biológico, psíquico, discursivo y social (p. 262). En resumen, si bien el género traduciría la diferencia sexual esta no se transcribe en diferencias de género ni se reduce a lo psíquico o social. Butler (2006) plantea la diferencia sexual como un concepto fronterizo: ni viene totalmente dada, ni está totalmente construida, es ambas cosas, esa cuestión que se plantea y replantea pero que no se puede contestar (p. 263). Sería esta noción de Butler de la diferencia sexual pulsional la que se aproximaría a la noción de diferencia sexual real de Lacan.

## **5-Conclusiones finales**

Más allá del biologicismo freudiano: hay *contradicciones* en el discurso de Freud, pero estas pueden ser concebidas como contradicciones que son *propias al funcionamiento del pensamiento teórico*, en particular del pensamiento psicoanalítico, que no admite el “cierre” de los conceptos en la medida en que lo real del psicoanálisis y la singularidad del sujeto no pueden ser captadas de forma completa y exhaustiva por la teoría y la escritura. Sería una contradicción pensar que Freud haya podido “cerrar” los constructos psicoanalíticos de forma definitiva. En términos de Lacan, la teoría psicoanalítica es una teoría “no toda”, es una teoría “en fracaso”, en el sentido de que toda y cada una de las singularidades

ponen a prueba los constructos teóricos. La producción teórica psicoanalítica presupone que la singularidad hace *fracasar-y-avanzar* al psicoanálisis.

Una de estas “contradicciones” presentes en Freud --una de las “piedras de espera” que habrían quedado latentes en la teoría freudiana-, es precisamente el complejo de Edipo. Lacan toma y reelabora la teoría freudiana ordenando y estructurando, al mismo tiempo, incluyendo aportes originales y novedosos,, como lo fue su concepción de las dimensiones del ser hablante real-simbólico-imaginario. Esto no quita, evidentemente, que en su discurso también se vislumbren discordancias o espacios de ambigüedad como se ven en Freud.

Cossi y Dunker generan una dialéctica entre el planteo psicoanalítico, en especial el de Lacan y el proveniente de las teorías queer y de género, en particular de Butler, quien critica fuertemente la estructura y los planteos que sostiene la escritura psicoanalítica.

Estos autores también permiten atender a los puntos en común que pueden encontrarse entre ambas teorías. No solo porque Lacan demostró una evolución en sus obras y su discurso sino también porque en Butler hay cambios y ajustes teóricos. Un aspecto que quisiéramos profundizar es hasta qué punto esos cambios y ajustes más nuevos tocan y/o transforman el debate y las críticas que apuntamos en el presente trabajo.

No olvidemos que el presente trabajo nos enfocamos en un momento de las críticas de Butler al psicoanálisis, así como en una posible lectura de estas críticas, posición traída por Cossi y Dunker. Quedaría pendiente realizar un recorrido exhaustivo de la teoría de Butler hasta el presente; quedaría pendiente revisar otras posiciones, de otros lacanianos, sobre un debate que continúa en movimiento.

## **Referencias bibliográficas**

Nasio, J. (2013). *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*. Editorial Paidós.

- Freuds, S. (1986). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Amorrortu editores.
- Estevão Ramos, I. (2017). *A teoria freudiana do complexo de Édipo*. Editora Escuta.
- Freud, S. (1992). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905) VII*. Amorrortu editores. p. 110-210.
- Freud, S. (1992). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el <<Hombre de las Ratas>>)(1909) X*. Amorrortu editores. p. 1-118.
- Freud, S. (1972). *Cinco conferencias sobre psicoanálisis. Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci y otras obras (1910) XI*. Amorrortu editores. p. 155-177.
- Freud, S. (1992). *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922) XVIII*. Amorrortu editores. p. 99-110.
- Freud, S. (1992). *El yo y el ello y otras obras (1923-1925) XIX*. Amorrortu editores. p. 99-110.
- Estevão Ramos, I. (2017). *O complexo de Édipo*. Aller editora. p. 60-95.
- Quinet, A. (2015). *Édipo ao pé da letra. Fragmentos de tragédia e psicanálise*. Jorge Zahar, editor Ltda. p. 35-57.
- Lacan, J. (2016). *Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*. Amorrortu editores. p. 147-203.
- Lacan, J. (2021). *La relación de objeto. Seminario 4*. Amorrortu editores. p. 147-203.
- Kaufmann, P. (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano con la dirección de Pierre Kaufmann*. Editorial Paidós. p. 315-316.
- Levi-Strauss, C. (1981). *Las estructuras elementales del parentesco*. Editorial Paidós. p. 555-556
- <https://archive.org/details/levi-strauss-c.-las-estructuras-elementales-del-parentesco-ocr-1981/page/n3/mode/1up?view=theater>
- Cossi, K., Dunker, L. (2016). A Diferença Sexual de Butler a Lacan: Gênero, Espécie e Família. *Psicologia: Teoria e pesquisa*, Vol. 33, pp. 1-8.
- <https://doi.org/10.1590/0102.3772e3344>



Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Editorial Paidós. p. 45- 171.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Editorial Paidós.